

MACARIO SCHETTINO

MÉXICO
— EN EL —
PRECIPICIO

EL FRACASO ECONÓMICO DE LA 4T

Ariel

© 2022, Macario Schettino

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Jorge Matías Garnica

Fotografía de portada: © Shutterstock / Benjamín Flores

21 de Junio de 2022.- Andrés Manuel López Obrador, Presidente de México, durante la conferencia mañanera

Fotografía del autor: © Tec de Monterrey

Diseño de interiores: Christophe Prehu Mauer

Derechos reservados

© 2022, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ARIEL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2022

ISBN: 978-607-07-9170-3

Primera edición impresa en México: agosto de 2022

ISBN: 978-607-569-324-8

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México –*Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1. ESBOZO DE AMLO	13
CAPÍTULO 2. LLEGANDO MAL	45
EL TRIUNFO	45
AQUÍ MANDO YO	52
CAPÍTULO 3. EL PESO DEL PASADO	69
LOS AÑOS SETENTA	70
EL PETRÓLEO	80
APOSTAR POR EL PETRÓLEO	84
DOS BOCAS	89
CAPÍTULO 4. CADENA DE ERRORES	95
LA DISPUTA LEGAL	104
CAPÍTULO 5. PRIMERO EL SURESTE	109
LOS PROYECTOS FERROVIARIOS	109
<i>Tren Maya</i>	109
<i>Transístmico</i>	112
<i>Impacto social y ambiental de los proyectos</i>	114

POLÍTICA ASISTENCIALISTA	116
<i>Jóvenes Construyendo el Futuro</i>	119
<i>Sembrando Vida</i>	125
<i>Becas Benito Juárez</i>	127
<i>Pensión no contributiva</i>	129
EMPLEO Y SALARIOS	131
POBREZA	135
SALUD	137
 CAPÍTULO 6. LA QUIEBRA	 143
MALGASTANDO RECURSOS	144
EL LÍMITE	150
 CAPÍTULO 7. DESTRUYENDO EL FUTURO	 157
EL ATAQUE POLÍTICO-ELECTORAL	159
EL ATAQUE AL ESTADO	162
AL FINAL	171
 NOTAS	 175
 FUENTES	 183

CAPÍTULO 1. ESBOZO DE AMLO

Conocí a Andrés Manuel López Obrador alguna mañana de septiembre de 1996. Nos invitó a desayunar el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, cerca de su departamento en Polanco. Había conocido a Cárdenas unos meses antes, pero lo que al parecer lo motivó a invitarme fue la aparición de *Para reconstruir México*, un libro que me publicó Océano a mediados de 1996 y que la izquierda recibió muy bien. El propósito del desayuno era que Cárdenas me presentara al nuevo presidente del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y me solicitara apoyarlo como asesor económico de la presidencia del partido. Andrés Manuel traía un ejemplar subrayado. Acepté con gusto. El desayuno terminó rápido: López Obrador debía ir a Los Pinos a saludar a Ernesto Zedillo en su nueva posición, momento que aprovechó para exigirle que cambiara el «modelo económico». Zedillo, con sorna, le contestó que podría considerarlo si acaso el PRD tenía una alternativa.

Iba ya de regreso a mi oficina cuando recibí la llamada de López Obrador; me narró estos hechos y preguntó si era posible construir ese modelo económico alternativo. Cuando le respondí que sí, afirmó que convocaría a los economistas del PRD para que, junto con ellos, diseñáramos dicho proyecto.

A la primera reunión asistieron muchos miembros del PRD, con más o menos conocimiento en economía, que posterior-

mente abandonaron las reuniones poco a poco. Llegué con mi laptop (entonces una herramienta poco común), en la que podría analizar escenarios fiscales para diferentes opciones de política, algo que no era muy cercano a las discusiones tradicionales sobre esos temas en la izquierda. Algunas sesiones después invité a un amigo cercano, destacado economista, quien me acompañó durante todo este proceso.

Una tarde, cuando las discusiones parecían empantanadas, López Obrador nos reunió y declaró: «El presidente del PRD soy yo, y el modelo económico es el que propone Macario. Ustedes pueden tener opiniones personales al respecto, pero la opinión del partido es la del presidente, que soy yo». Quedé muy sorprendido por esa declaración; me pareció muy autoritaria y pensé que, si bien en ese momento su actitud me resultaba favorable, sería igual de sencillo que en otra ocasión cayese del lado contrario. Sin embargo, ya estábamos a la mitad del proceso electoral de 1997 y no era momento de retirarse, de forma que seguí colaborando con López Obrador el resto del año.

El «Programa para el desarrollo económico con justicia social, 1998-2000» se publicó en febrero de 1997; lo firmaron por el PRD Jorge Calderón, Saúl Escobar, Rosa Albina Garavito, Raúl Livas (†), Andrés Manuel López Obrador, José Luis Manzo, Ifigenia Martínez y Mario Zepeda. Como asesores externos, mi amigo y yo. El documento sirvió como propuesta en la campaña de ese año, que resultó en un triunfo espectacular del PRD: no solo logró obtener una cuarta parte de la Cámara de Diputados, sino también la jefatura de Gobierno del Distrito Federal, en la candidatura de Cárdenas.

A inicios de diciembre el ingeniero Cárdenas me buscó para ofrecerme el puesto de coordinador general de Planeación y

Desarrollo del Gobierno del Distrito Federal, lo cual era un gran honor. Acepté con gusto y avisé al PRD que dejaba de colaborar con ellos a partir de ese mes. Es decir, mi relación directa con López Obrador duró tal vez 14 o 15 meses.

Meses después el ingeniero Cárdenas nos citó a desayunar cierto sábado en la casa de su padre, el general Cárdenas, en las Lomas, para que diversos funcionarios del Gobierno se reunieran con el presidente del partido. Durante ese desayuno, López Obrador intentó convencer a Cárdenas de promover una pensión para adultos mayores (que él mismo implementaría en su gobierno años después). La propuesta no fue respaldada por los responsables de las finanzas, ni por el encargado de Planeación. Aunque tenía muchas virtudes políticas, era evidente que complicaría las cuentas del Gobierno de la ciudad. Conviene recordar que en ese entonces el D.F. no tenía control de su deuda, misma que debía ser aprobada por el Gobierno federal, y una medida como la que proponía López Obrador seguramente tendría consecuencias negativas.

De hecho, algo así ocurrió. Cuando López Obrador, como presidente del PRD, se negó a respaldar la transformación del Fobaproa en el Instituto para la Protección al Ahorro Bancario (IPAB), el Gobierno de Zedillo tomó venganza en contra de la ciudad. La deuda por 5 000 millones de pesos que el Gobierno del D.F. solicitaba para el ejercicio de 1999 no se aprobó, y solo se asignaron 1 700 millones. Los ajustes que tuvieron que hacerse redujeron mucho las posibilidades de Cárdenas rumbo a la elección de 2000, y con ello tuvo que ceder el espacio competitivo a Vicente Fox, que a la postre se alzaría con la victoria.

Recuerdo haberme reunido alguna vez con el ingeniero Cárdenas a finales de 1998 y hablar acerca del enfrentamiento de López Obrador con Porfirio Muñoz Ledo; este último sacaría la peor parte, razón por la cual se retiraría del PRD y buscaría asilo en el foxismo poco después. Si mis recuerdos son correctos, le comenté al ingeniero que me preocupaba que, así como había destruido a Porfirio, Andrés iría luego por él. La respuesta fue el enojo de Cárdenas conmigo.

Ya en 1999 López Obrador me invitó un café en el Sanborns de San Ángel, que ya no existe. Esa noche me comentó que estaba pensando en participar como candidato para la jefatura de Gobierno del año 2000 y quería saber mi opinión. Le comenté que me parecía que no cumplía con el requisito de residencia; además le recordé que él había afirmado ser un líder social, y que al terminar su periodo en la presidencia del PRD se regresaría a Tabasco. Cerré la plática diciendo: «Regrésate a Tabasco, Andrés». Me volvió a buscar unos meses después, con el mismo resultado. Ya por tercera ocasión me citó en las oficinas de Cárdenas en la Roma, sede de la Fundación para la Democracia. En esa ocasión asistí acompañado por mi amigo, el mismo que me había ayudado durante la planeación del programa económico del PRD en 1996 y quien también participó como asesor durante el gobierno de Cárdenas, adscrito a mi oficina. Al llegar, le dije: «Andrés, yo no quiero trabajar contigo. Pero me acompaña mi amigo, excelente economista, gente honesta, que además sí quiere trabajar contigo. Andrés Manuel López Obrador, Carlos Urzúa, los dejo para que platiquen».

No he vuelto a ver a López Obrador desde ese día.

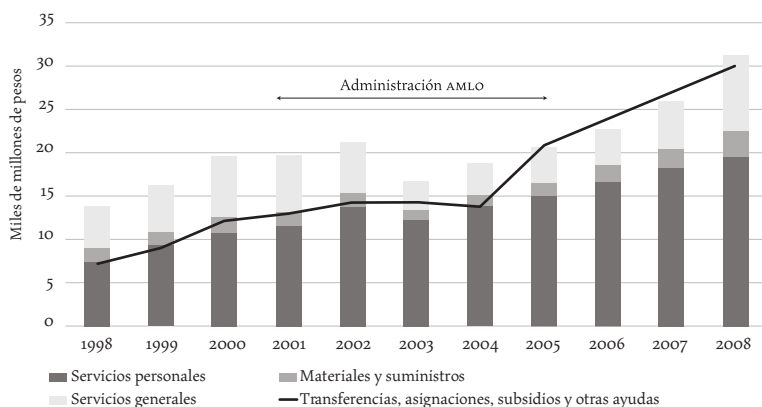
López Obrador compitió en la elección de 2000 por la jefatura de Gobierno del Distrito Federal, aunque no cumplía con el requisito de residencia. Frente al riesgo de que se victimizara, se le permitió participar.

Ganó por un puñado de votos que pudieron haberse impugnado, considerando que el Partido Acción Nacional (PAN) había obtenido un mayor número de votos en las elecciones legislativas de la misma entidad. Sin embargo, Santiago Creel, el candidato derrotado, fue convocado por Vicente Fox a la Secretaría de Gobernación; prefirieron olvidarse de la impugnación para evitar un conflicto poselectoral como el que se había vivido en Tabasco unos años antes, cuando López Obrador había perdido.

El gobierno de López Obrador en la capital del país fue bastante mediano, pero tuvo dos grandes aciertos. Por un lado, la pensión para los adultos mayores que había propuesto a Cárdenas sin éxito; por otro, una conferencia de prensa todos los días a las seis de la mañana. Con ella podía imponer la agenda mediática, en especial debido a su muy buena relación con los periodistas de la «fuente», que cuidó con esmero. Para financiar la pensión, el Gobierno de la ciudad entró en un periodo de austeridad que impidió hacer cualquier otra cosa, hasta que, en una entrevista radiofónica con José Gutiérrez Vivó (el noticiero más escuchado), se le ocurrió decir que haría un segundo piso al Periférico cuando este lo increpó acerca de los problemas de tráfico. No era un proyecto del Gobierno, ni lo había platicado con nadie; se le ocurrió ahí, y cuando su secretario de obras fue entrevistado al respecto, no tenía la menor idea de la noticia. De hecho, se negó a hacerse cargo de ese proyecto, que tomó entonces la secretaria de Medio Ambiente de la ciudad, Claudia Sheinbaum.

Financiar esa obra exigió un mayor esfuerzo en las finanzas públicas de la ciudad, las cuales poco a poco fueron perdiendo margen para llevar a cabo mantenimiento en infraestructura y mobiliario urbanos, en el sistema de transporte e incluso en agua y drenaje. Para ilustrar lo ocurrido durante el gobierno de López Obrador y el impacto de sus decisiones, la figura 1 muestra el gasto corriente del Gobierno del D.F. (ahora Ciudad de México) entre 1998 y 2008. Observe la contracción en el gasto de operación de la ciudad entre 2000 (último año de Cárdenas, en realidad de Rosario Robles) y 2005, el año en que López Obrador dejó el cargo (en 2006 el jefe de Gobierno fue Alejandro Encinas). Primero se detiene el crecimiento, luego se reduce (en 2003), y al final de la administración de AMLO es casi igual al inicio, lo que implica una contracción, en términos reales, de 17%. En cambio, las transferencias tuvieron un incremento real de 35% en ese mismo periodo. El Gobierno dejó de hacer su trabajo para repartir recursos.

FIGURA 1. Inversión y gasto en delegación y «sector paraestatal»

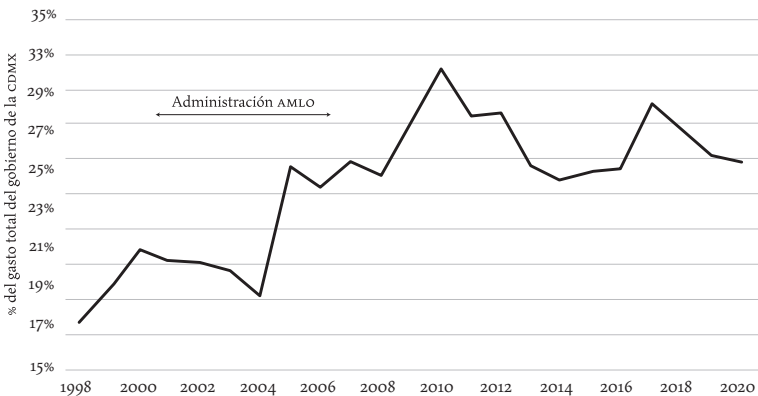


Fuente: Con datos del Inegi.

Eso era precisamente lo que nos preocupaba cuando López Obrador propuso la medida al Gobierno de Cárdenas: que los regalos y dádivas, muy útiles para ganar elecciones, terminaran comiéndose el presupuesto de la ciudad, provocando problemas mayores. Así ocurrió, como lo muestra la figura 2. En ella aparecen las transferencias, medidas como proporción del gasto total del Gobierno de la ciudad. De una proporción promedio de 20% en el gobierno de Cárdenas, al cierre de AMLO había llegado ya a 27%, y superó el 30% del gasto para 2010. Se reduce a partir de entonces porque ya no había cómo mantener ese nivel, pero también porque desde 2007 el Gobierno federal inició el programa «70 y más», que poco a poco se encargó de cubrir al Gobierno de la ciudad.

Pero no fueron solo las pensiones, sino también la construcción del segundo piso que ya comentamos. Aunque la información al respecto permaneció oculta por 12 años y es

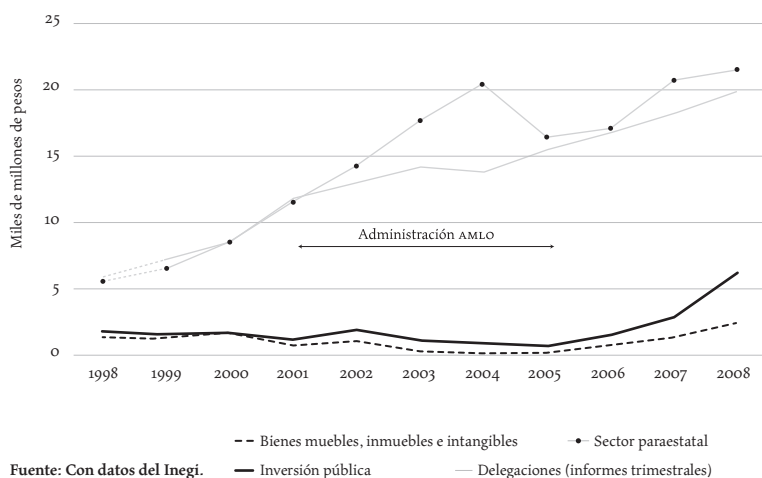
FIGURA 2. Inversión y gasto en delegación y «sector paraestatal»



Fuente: Con datos del Inegi.

confuso lo que existe, creo que se puede deducir de la figura 3. En ella aparece el gasto en inversión (las líneas de abajo), y el gasto en delegaciones y en el «sector paraestatal». Incluyo en la gráfica el gasto delegacional porque creo que es la referencia para identificar un exceso de gasto en el «sector paraestatal» que no tiene explicación. Es muy notorio cómo se separan ambas líneas entre 2002 y 2005, que es justo el periodo en que se construye el segundo piso. Esa diferencia equivale a 12 000 millones de pesos.

FIGURA 3. Inversión y gasto en delegación y «sector paraestatal»



Fuente: Con datos del Inegi.

En suma, me parece que las tres acciones por las que se recuerda el gobierno de López Obrador en la Ciudad de México (el segundo piso del Periférico, las pensiones a adultos mayores y las conferencias de prensa matutinas) son claramente dirigidas a posicionarlo rumbo a la elección de 2006. Fueron exitosas en

cierta medida, aunque las primeras dos hayan resultado muy costosas para la ciudad y hubiese podido invertir ese dinero de otra forma. No obstante, lo que de verdad puso a López Obrador en la competencia presidencial fue un evento inesperado que le permitió jugar como víctima: el «desafuero».

Es importante poner en contexto la situación política del momento. El 1 de marzo de 2004 se difundió por televisión un video del secretario de Finanzas del Gobierno de la Ciudad jugando en un área preferencial del casino más importante de Las Vegas. Dos días después, los videos eran de su secretario particular, René Bejarano, recibiendo bolsas de dinero en efectivo. Después, surgió evidencia similar de otros colaboradores, entre ellos Carlos Ímaz, entonces esposo de Claudia Sheinbaum.

López Obrador respondió acusando la existencia de un complot en su contra, que fue la base sobre la cual pudo, dos meses después, descalificar la acusación que la Suprema Corte de Justicia impulsó a través de la Procuraduría por el delito de desacato a una orden suya. Este es el proceso conocido como «el desafuero», mismo que López Obrador logró convertir en una gran victoria política, asumiendo el papel de víctima.

Le presento tres textos míos de esa época, para no contaminar con lo que hoy sabemos sobre lo que ocurrió en aquel entonces. El primero es «La vorágine», publicado en *El Universal*, el 22 de febrero de 2005.

La cruzada de López Obrador ya va llevándose consigo toda la política nacional. No sé si podemos aún identificar las aportaciones que cada quien ha hecho a la locura colectiva. Ayer mismo se publica un desplegado firmado por personalidades de la aca-

demia, en donde se insiste en el riesgo, pero se toma partido. El domingo pasado, Miguel Ángel Granados Chapa, en su extensa «Plaza Pública», insiste en el argumento que hace algún tiempo propuso Javier Quijano en *Milenio* que, en esencia, sostiene que «si la sola imputación de una falta tiene como consecuencia el derrocamiento de un gobernante legítimamente electo e impedirle que se postule para cualquier cargo de elección popular sin ser juzgado, sin oportunidad de defensa alguna y con violación de las más elementales garantías de un debido proceso legal, el desafuero es un eufemismo que significa golpe de Estado».

Javier Quijano goza de fama como buen abogado, y el mismo Granados Chapa, de esa formación, acostumbra presentar muy buenos argumentos en sus escritos. Sin embargo, no me es posible aceptar la idea del golpe de Estado. Me explico. El origen del fuero para gobernantes es precisamente evitar el derrocamiento de gobernantes electos con simples imputaciones. De no existir el fuero, López Obrador ya habría sido consignado, y con él casi todos los gobernadores y secretarios de Estado, amén de las cámaras en pleno. El fuero impide que un enemigo político simplemente impute una falta a un gobernante para sacarlo del poder. Es necesario que esa imputación tenga suficiente peso jurídico y político para que el proceso legal, común a los demás ciudadanos, pueda iniciar. El mecanismo con el que se determina si el peso es suficiente o no es el juicio de procedencia, o desafuero. Sin duda, es un mecanismo con un serio defecto: tiene un sesgo político muy marcado. Pero no hay otro procedimiento, al menos por el momento.

Así que, más allá de lo espectacular del argumento de Quijano, se trata de un sofisma. Si acaso, habría que irse al fondo

del asunto y discutir si hay o no materia de discusión, cosa que puede resolverse atendiendo al desplegado del Poder Judicial, aparecido el 19 de mayo del 2004, en donde se aclara la secuencia que llevó a la situación en que nos encontramos, incluyendo el amparo de los quejosos originales en contra de la Procuraduría General de la República (PGR), por no proceder desde enero de 2002, hace ya tres años.

Para ponerlo claro: es el Poder Judicial el que determina que no se acató una sentencia. Lo hace en enero de 2002, la PGR no actúa, y se inicia un proceso de amparo, que lleva hasta una orden perentoria del 14 de abril de 2004, dando a la PGR veinte días hábiles para proceder. Así que sí hay fondo, y no parece que la PGR tuviera salida.

Se puede sugerir, ya que no se sostienen los otros argumentos, que no tiene sentido que sea el jefe de Gobierno en persona el sujeto de la acción, puesto que hubo varias autoridades intermedias involucradas, desde el director de Servimet hasta el secretario de Gobierno. *La Revista* nos dice ayer que una estrategia de salida a la crisis política era precisamente modificar el proceso de desafuero dirigiéndolo a Ortiz Pinchetti, quien fue el secretario de Gobierno en el periodo relevante. López Obrador, en un desplante más político que de principios, se negó al acuerdo.

Detrás de este proceso de desafuero está la severa imperfección de nuestro Estado de derecho, al que no se puede apelar porque al mismo tiempo que se lanza contra López Obrador un procedimiento posiblemente correcto, no se hace contra otros políticos de otros partidos, como Estrada Cajigal en Morelos. Está también la muy evidente incapacidad del equipo jurídico del Distrito Federal, que durante tres años perdió todas las ins-

tancias. Y seguramente está también un mar de mugre en el que hay acusaciones que prosperan y otras que no. Y están las siempre oportunas narraciones de comidas y reuniones en donde el innumerable, o Diego, o Marta, o quien sea, han insistido en que hay que detener a Andrés. Narraciones que nunca se pueden documentar, que son solo decires.

La manera en que López Obrador ha logrado aprovechar este proceso es, sin duda, admirable. No le ha costado aún nada, y le ha dado a cambio no solo popularidad y visibilidad, sino que lo ha colocado en esa posición de mártir que es tan útil en la política nacional. La polarización alrededor del tema ha llevado a destacados columnistas y académicos a ponerse de un lado del conflicto, ya en el camino electoral. No podrán salir de ahí.

José Eustasio Rivera llamó vorágine a la forma en la que la selva se tragaba la civilización. Una palabra inventada, que da la idea del vórtice del remolino, y a la vez de la verdura ahogando, sofocando, aplastando. En eso estamos, en la vorágine que arrastra consigo todo lo que encuentra, que destruye porque para eso existe.

Ya no hay salida a la crisis. Aunque perdiese en las urnas, ¿cómo se le demostraría?

Un texto más para *El Universal*, del 5 de abril de 2005.

Perder el fuero por no hacerle caso a un juez no debe ser nada agradable. Se entiende, por eso, que Andrés insista en que se trata de una conspiración en su contra, porque aceptar que le ocurre algo que ningún otro gobernante ha permitido antes suena a demasiada incompetencia, o a pura y simple soberbia.

La inmensa oportunidad de escribir tiene también sus costos. Uno de ellos es insistir en opiniones que no son populares, sobre todo entre los colegas. Por razones diversas, un porcentaje muy elevado de opinadores ha decidido apoyar a Andrés. Algunos porque sinceramente creen que él es un buen líder; otros, porque están decepcionados de Fox; unos más, porque ven la posibilidad de encontrar negocios con su gobierno. Hay de todo.

Cuando son tantos colegas con una opinión, se hace difícil sostener lo contrario. Pero en la ciencia, como en el derecho, la verdad no es cuestión de mayorías. En este caso, la evidencia con que podemos contar, que es la presentada por el Poder Judicial, es contundente. Contra los juicios y sentencias de los tribunales, Andrés y su equipo no han presentado pruebas, sino alegatos. Algunos apoyados por grandes abogados que, como todo ser humano, pueden estar muy equivocados.

Todas las autoridades de este país han tenido que enfrentar a los tribunales en algún momento. La inmensa mayoría han acatado las resoluciones, aunque eso les haya costado políticamente. Es el caso de los cientos, o miles, de amparos con los que se mantienen operando antros de mala muerte, taxis piratas, y muchos otros personajes nefastos. Pero si hay un amparo, no se puede hacer nada. Hay que respetar la resolución y continuar el proceso judicial, que puede tardar varios años.

Cuando el caso de El Encino se hizo público, hace ya un año, la gente de Andrés insistió, durante meses, que era una farsa, que la orden judicial de detener los trabajos se había respetado. Sin embargo, frente a la sección instructora lo que se argumentó ya no fue eso, sino que se aceptó que el trabajo en el predio continuó,

pero que el responsable no fue Andrés, sino algún subordinado. Lo más frecuente es que se mencionara a José Agustín Ortiz Pinchetti como el funcionario que faltó a los tribunales porque Andrés no firma, sino que deja a otros esa responsabilidad.

Pero el Poder Judicial no pidió castigo para Ortiz Pinchetti, sino para Andrés. Así que los diputados no tienen la posibilidad de saber, con toda certeza, si uno, el otro o ambos son responsables. Eso deberá determinarlo un juez, y podrá hacerlo gracias a que Andrés perderá el fuero el jueves. Ese juez podrá confirmar lo que sostiene el Gobierno del D.F.: que efectivamente no se acató la orden, pero que el responsable no puede ser el jefe de Gobierno, porque él no firma. O tal vez el juez acabe sosteniendo que, firme o no, el jefe de Gobierno es responsable porque solo él toma decisiones, como todos sabemos.

Cómo utilice Andrés este proceso para sus fines electorales es otro asunto. No creo que alguien dude de las grandes habilidades políticas de López Obrador, pero falta ver qué tanto puede aprovechar las circunstancias sin la cobertura de medios que ha recibido durante cuatro años. Sin las «mañaneras», los medios regresarán a sus agendas propias, y el control que ejerció Andrés durante cincuenta meses habrá terminado.

Esta es la verdadera amenaza del desafuero: sin los medios de comunicación, sin el presupuesto del D.F. utilizado políticamente, ¿qué queda de Andrés? ¿Es en verdad el gran líder de la «izquierda nacional»? ¿O es simplemente un personaje muy autoritario, carismático, que por azares del destino quedó en el PRD, partido que está perdido y necesita dirección?

El respaldo que Andrés ha conseguido en los medios forma también parte de su gran habilidad política. Como en los buenos

tiempos del régimen de la Revolución, logró el apoyo de periódicos y radio mediante el uso discrecional del presupuesto de publicidad de su Gobierno, e incluso de negociaciones más amplias. Y junto con algunos medios se han ido algunos editorialistas, a los que se han sumado otros que por razones muy diversas, reitero, han decidido apoyar a Andrés, sin hacer caso del Poder Judicial, del sentido común y de toda la evidencia que muestra que Andrés no es más que el último exponente del régimen de la Revolución. O tal vez me equivoco y es precisamente por eso, porque ven en él el regreso a ese pasado tan denostado pero tan seguro, por lo que lo apoyan.

En momentos de amplia polarización, es muy difícil que las razones tengan éxito. Es preferible irse al extremo, y dada nuestra idiosincrasia, elegir el que aparentemente es el más débil. Pero me parece que la obligación de quienes tenemos la fortuna de escribir no es sumarse a la masa, sino ofrecer herramientas para un mejor análisis. Y si el Poder Judicial ha presentado su postura, ¿por qué insistir en el «compló»? Con tanta evidencia que tenemos del desprecio que Andrés ha tenido siempre por la ley, ¿por qué apoyarlo?, ¿porque se ha autodesignado líder de los pobres? ¿Por qué se dejan engañar tan fácil?

Creo que la acusación de la Corte por desacato y la amenaza del desafuero marcan el inicio de la polarización política en México. Una gran cantidad de opinadores profesionales, tradicionalmente «de izquierda», a quienes nunca había gustado mucho Vicente Fox, creyeron muy pronto la versión de López Obrador. Para ellos todo esto era una conspiración («compló», en el léxico de López Obrador) para impedirle participar en la elección de 2006. Otros tratamos de analizar el caso por sus

propios méritos, algo que era posible porque la Corte había publicado las sentencias que llevaron a la acusación. Sin embargo, la discusión pública no fue fácil, debido a que se concentró en las interpretaciones que se tenían acerca de las motivaciones políticas de los involucrados y no en los hechos legales.

Aunque escribí columnas como las que aquí incluyo, me parece que el momento más ríspido para mí fue una discusión con Sergio Aguayo en una emisión radiofónica dirigida por Carlos Loret. Él, como tantos otros, aseguraba que se trataba de una conspiración dirigida a impedir a López Obrador participar en la elección de 2006. Yo argumenté que eso no ocurriría, pues aunque el delito de desacato existía, no había pena en la ley, de forma que perdería su puesto como jefe de Gobierno, pero no sus derechos políticos. Por otra parte, me parecía muy claro que López Obrador efectivamente había ignorado las órdenes de la Corte. Eso mostraban los documentos.

La discusión fue acalorada y hubo un momento en que pensé que se resolvería a golpes, pero por fortuna no fue así. En lo que a mí respecta, el producto de esa emisión fue una invitación para participar en la sección «En la opinión de...», que aparecía en el noticiero de Joaquín López Dóriga en Canal 2. No fue Joaquín quien me invitó, sino Leopoldo Gómez, vicepresidente de Noticias Televisa, quien se interesó por mi participación en radio.

El resultado del proceso es conocido. Se llevó a cabo el «juicio político» en la Cámara de Diputados, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) respaldó la acusación y se desaforó a López Obrador. Pocas horas después el procurador renunció, el Gobierno desistió de la acusación y AMLO obtuvo un amplio triunfo mediático: era la víctima.